

democracia
y política
exterior
en España

ROBERTO MESA

*Catedrático de Relaciones Internacionales
de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
en la Universidad Complutense*

EUDEMA

Índice

Introducción	9
I. La política exterior española al final del franquismo	17
La política exterior del régimen franquista	17
II. La construcción de la democracia y la política exterior (1976-1982)	39
La transición democrática	39
España y sus opciones internacionales	39
La política exterior y los partidos políticos	44
La política exterior, a debate	52
La política exterior de los gobiernos de Unión de Centro Democrático	59
La diplomacia de UCD	59
Los costes de una triple dependencia internacional	66
Las delicias del atlantismo	74
Militancia, opinión pública y política exterior ..	77
III. El modelo socialista de política exterior española (1982-1987)	87
Por una política exterior nueva	87
Los primeros cien días de Gobierno socialista. Entre la imaginación y la realidad	93

España, la paz y la OTAN	110
La difícil articulación de la diplomacia socialista ...	114
La posición de España ante la paz y los compromi- sos con la Alianza Atlántica	121
Tres años de Gobierno socialista en política exte- rior	153
España, Israel y los árabes	161
El cambio en política exterior	169
IV. La política exterior española ante el futuro	179
Otras políticas exteriores para España	179
Europeísmo-atlantismo, entre Norte y Sur	190
España y los españoles ante la cuestión palestina ..	235
Epílogo personal	251
Función social del internacionalista	251

Introducción

Sin caer en excesos bobalicones, el proceso experimentado por España a partir de la desaparición física del general Franco supuso para el país el inicio de una transformación y de una adecuación con los tiempos poco habitual en nuestra historia. Sociólogos y economistas han demostrado suficientemente que el origen de estas mudanzas se sitúa en la década de los años sesenta; precisando todavía más que, desde la muerte del almirante Carrero Blanco y la senilidad imparable del dictador, era difícil, por no decir imposible, que las cosas permaneciesen al mismo nivel de los años más turbios y represivos del franquismo. Sin embargo, el 20 de noviembre de 1975 queda definitivamente para las cronologías como el hito histórico a partir del cual se puso en marcha un mecanismo que, pausadamente, conduciría a la cristalización de un sistema democrático en España. No es objetivo de estas páginas evocar, una vez más, los obstáculos removidos y las emociones vividas desde los albores de la transición, pasando por las acechanzas de un golpismo que no se resignaba, hasta llegar a esa tranquila periodificación cuatrienal de las consultas electorales que configuran el certificado de madurez política en todos los países, pero especialmente en aquellos que conquistan la democracia con notable retraso. Nuestra finalidad concreta es observar de qué forma y bajo qué condicionamientos este mismo proceso interno tiene un desarrollo paralelo en la política exterior española.

Muy posiblemente, la proclamación del nuevo Jefe de Estado, en la persona de Don Juan Carlos de Borbón, así como los primeros Gobiernos de la transición, progresaron más velozmente en el campo de la diplomacia que en el escenario mucho más complicado de nuestros problemas internos. Incluso, algún día habrá que insistir y estudiar detenidamente las circunstancias exteriores que rodearon la desaparición de la dictadura y apoyaron o facilitaron el tránsito a la democracia. Retirada de embajadores motivada por las últimas ejecuciones del franquismo, contencioso amenazador militarmente en el Sahara Occidental y, para no olvidar la simbología, la tétrica figura de Pinochet en las exequias fúnebres del dictador, tiñen con luces valle-inclanescas el crepúsculo franquista. Parecía como si nadie quisiese, con su asistencia al enterramiento, solidarizarse ni remotamente con aquella reliquia del fascismo. Por el contrario, los parabienes, los buenos deseos y las presencias exteriores más significativas, se multiplicarían, muy pocas jornadas después, con motivo de la proclamación, como Rey, del Príncipe Juan Carlos. Consecuentemente, la interpretación general fue unánime: fuera de España, se apoyaba plenamente todo mecanismo que, de forma pacífica, desembocase en la instauración de un sistema democrático. Aunque tardará tiempo en abrirse los archivos y en publicarse las confidencias, no es una hipótesis apresurada aquella que apunta al notable protagonismo que en el buen término de la transición española desempeñó el medio internacional, y muy variados sujetos y factores exteriores.

Pero, en definitiva, aunque las velocidades fuesen distintas y los ritmos no siempre coincidieran, la democratización española, como no podía ser de otra forma, se acomodó y fue en paralelo con un diseño nuevo para nuestra acción exterior. Cierto, igualmente, que pronto se advirtieron las dificultades, algunas insalvables, que las relaciones internacionales oponían a nuestros deseos, ya fuesen utópicos o pragmáticos; y, también, era inevitable, que la disparidad de criterios internos generase opciones distintas o alternativas,

cuando no contrapuestas, sobre lo que debería ser nuestra política exterior. Diferencias que se fueron haciendo más notables, según se iba consolidando el sistema democrático y, especialmente, una vez alcanzado el que a todos se presentaba, en el feliz universo político del consenso, como nuestra absoluta prioridad internacional: la incorporación plena a la Comunidad Internacional, la universalización de nuestras relaciones diplomáticas y, muy específicamente, la inserción en el reducido club de los Estados democráticos de Occidente.

De todo este proceso, vivido en un plazo de tiempo histórico muy breve, sobre todo si se recuerdan los interminables cuarenta años de dictadura, he venido ocupándome, en sus aspectos internacionales, por tres razones de muy distinta índole: interés político, pasión personal y deber profesional. En cierta medida, salvando diferencias obvias, tanto ideológicas como científicas, quizá persiguiese inconscientemente la imagen pergeñada por Raymond Aron del *espectador comprometido*. Espectador, por mi no pertenencia a ninguna filiación política determinada; comprometido, no sólo por los largos años de compañero de viaje en no pocas empresas partidistas, sino también por la defensa de unos ideales democráticos y por mi identificación con unos objetivos que, para utilizar un término, hoy un tanto anacrónico, llamaríamos progresistas.

En los años de la dictadura, mi testimonio escrito, por razones evidentes —la censura que impedía cualquier referencia crítica a nuestra política exterior—, se había concentrado, también era fruto natural de aquellos tiempos solidarios, con las luchas de liberación más trágicas e importantes de los años sesenta. Lo cual no fue óbice para que, al igual que cualquier otro hijo de vecino, en páginas clandestinas, con mi propio nombre o al amparo de algún heterónimo de ocasión, me refiriese en más de una oportunidad a la criticable y claudicante diplomacia franquista. Sin embargo, ya en el mismo año 1975, sí pude escribir directamente del panorama exterior que a su desaparición nos iba a dejar el «régimen»